

LA CONSTRUCCION DE PODER

Alfredo Mason

Investigador externo

Universidad Nacional de San Martín

masongalvan@yahoo.com.ar

Palabras claves. Política, poder, construcción, organización, movimiento

En los últimos tiempos han aparecido varias reflexiones sobre las nuevas formas de construcción de poder, lo cual es un correlato de la reinstalación de un horizonte político. En estas líneas trataremos de reflexionar sobre como las fuerzas operantes en ese horizonte buscan realizar esa construcción.

A pesar de la caída del bipolarismo como estructura de orden mundial, se sostiene el proceso que se venía desarrollando desde mediados del siglo XX, y que ha generado un movimiento de integración de pueblos del cual son ejemplos el Movimiento de Países No Alineados, la Comunidad Europea y mucho más recientemente el MERCOSUR y el UNASUR. Paralelamente a ello, fue tomando cuerpo el proyecto de signar ese proceso de parte de la ideología neoliberal, tomando la forma de lo que se denominó «globalización», donde, en términos generales, se sobrepone a la integración de pueblos la creación de un mercado único.

La caída del sistema bipolar en 1989, no es otra cosa que el desmoronamiento de la gran construcción política del siglo XX –como relato totalizador y como experiencia fáctica–arrastrando tras de sí, el prestigio de la política como ciencia y práctica, buscando, a su vez, reemplazarla por el predominio de una mentalidad tecnocrática. El inicio del siglo XXI trae consigo el fracaso de esta visión y un reverdecer de la política como «máxima rerum», apareciendo así nuevos sujetos en el escenario internacional dentro de los cuales se encuentran algunas de las naciones sudamericanas.

En ese marco y en nuestra América, surgen movimientos políticos que, al ser estudiados por la Ciencia Política serán nombrados por algunos como «populismo»¹ y por otros como «populares», aclarando estos últimos que hay en ello mucho más que una diferencia semántica. Si bien no es un tema que se desarrollará en este trabajo, queremos dejar sentado nuestra opción por los movimientos populares, o como se dice en mi país, «nacional y popular».

La política

Es quizás Hannah Arendt quien mejor establece un puente entre la concepción clásica de la política y la propia de nuestros días cuando sostiene que el espacio político es creado por la palabra, por el discurso que busca persuadir para la acción. Pero el avance de la tecnología como forma de pensar y ordenar la realidad y la consecuente «revolución en las comunicaciones», transforma el sentido de esa palabra que busca sustentar el espacio político. Las afirmaciones de Otto Apel y Jürgen Habermas respecto

¹ Respecto del polisémico término nos hemos ocupado en «Popolare» e «populista» en *Trasgressioni* Florencia. (1997)24.

de una «comunidad argumentativa» donde desaparece la lógica del poder² está expresando esta nueva visión.

Desde América del Sur, entrevemos la aparición de un mundo con un nuevo orden político multipolar y desde ese proceso cobra dimensión la «re-politización» de nuestras sociedades. Claro está que ella implica un juego de poder, y de los fines que éste persiga, dependerá la forma de organización del mismo. Muy tempranamente un pensador católico alemán, Romano Guardini, veía el cambio que se producía en nuestra época respecto a la concepción del poder, sosteniendo que *lo que importa no es ya el acrecentamiento del poder [...] sino más bien que se lo pueda dominar*³.

Para evitar la discusión sobre las características éticas del poder, vamos a reconocer desde el principio que el hombre está dotado de poder y experimenta una satisfacción particular al ejercerlo, lo cual no constituye un aspecto aislado de su existencia, siguiendo otra vez a Guardini, vemos que ello *se vincula con cada una de las actividades y con cada uno de sus estados, o puede al menos vincularseles [...] cualquier actividad en la que se ejerce directamente la fuerza vital es una manifestación de poder y se la experimenta como tal*⁴.

Así, entendemos por «poder» una acción, no un argumento. No es solo la decisión de actuar sino que es la manifestación del acto mismo. El poder es la capacidad de poner en movimiento la realidad, cosa que la idea no puede hacer de por sí, al menos que un hombre o un colectivo la transforme en acción.

Desde Guillermo F. Hegel –en su *Constitución de Alemania*– pasando por Carl Schmitt hasta Ernesto Laclau se ha planteado como esencia de la política al conflicto, que según estos autores, sería la acción por excelencia de demostración de un poder real. En nuestra lengua castellana indica intereses contrapuestos, mientras que antagonismo –que es el otro término que suele utilizarse– indica una oposición substancial. Los términos indican una diferencia de intensidad definitoria a la hora de comprender la esencia de la política como modo de construcción de poder. Así entendido, el conflicto, trae aparejado reconocer las características de este último y concebir la necesidad de resolución del mismo. Si el otro es el «enemigo» en términos schmittianos, la resolución no puede ser otra que la guerra, un tipo especial de conflicto, el antagónico, y por lo tanto culminará con la exclusión de ese «otro»; pero si se trata de un adversario queda abierta la posibilidad de una «negociación», en donde el conflicto –como lo señala Chantal Mouffé– guarda ciertos códigos de legitimidad que permiten que no se ponga en riesgo el sistema político. Éste buscará incluir al otro, aun en el disenso.

En el primer caso, la política requerirá del mando como forma de conducir la acción, siendo la obediencia la forma de ejecución de la acción, mientras que en el segundo será la persuasión la que abre la posibilidad de conducir y la relación de confianza interpersonal la que permite ejecutar.

² La política como construcción de poder la vemos moverse en el ámbito de la voluntad. Como parte de ella, la política remite al momento de la decisión de un sujeto colectivo, que en su actuar opta entre valores en pugna. A la coherencia interna entre el pensar y el actuar colectivo en ese ámbito de decisión es a lo que llamamos «lógica del poder», siendo una racionalización de esa voluntad entendida en términos de cálculo de medios, fines y consecuencias.

³ Guardini, Romano *El poder*. Buenos Aires. Troquel. 1959

⁴ *Ibidem*

Planteada así la política y los sujetos que intervienen en ella, podemos abordar una nueva distinción entre la estrategia y la metodología. En este sentido, toda organización política se conforma sobre una metodología que está determinada por el objeto a lograr, por ello si se trata de enfrentar al enemigo estará ligada a la preparación militar, la forma de disciplina será la uniformidad, siendo su objetivo final la victoria; pero si se trata de incluir al «otro», la metodología será la adición de personas, sectores y grupos, siendo el objetivo la inclusión, producto de una disciplina que tiende a lograr una unidad en la diversidad.

A su vez, ese poder puede ser construido dentro de una lógica propia de ese proceso de integración de pueblos, donde estos últimos son los sujetos del mismo, o es visto como una construcción perversa, donde el verdadero sujeto está oculto bajo la forma de factores de poder, en base a comunidad de intereses o relaciones de mercado y que en nuestros días aparecen cada más ligados a los grupos financieros y medios de comunicación.

La determinación de esos colectivos a los que tradicionalmente llamamos pueblos, es explicitada por el pensamiento europeo a partir de la lengua, la religión o de una suerte de esencia originaria que recrearon los nacionalismos de derecha en América Latina. En los movimientos populares el elemento aglutinador que genera un sentido de pertenencia e identidad está ligado a un proyecto colectivo, desde el cual «reconstruyen» el pasado y allí, como dice Mario Benedetti, *hay quienes se descueren y quienes se desviven*.

En el reconocimiento a ese proyecto y a la encarnadura política que lo manifiesta, aparece la construcción de una red territorial basada en relaciones interpersonales como la forma más embrionaria de estructura de poder, desde la cual se accede a la relación con las instituciones y los grupos del poder fáctico.

Cuando esa construcción de poder no posee esas raíces territoriales sino que se construye a partir de acuerdos institucionales, se irá constituyendo una estructura bajo formas jerárquico-administrativas en donde la autoridad le ha sido delegada desde el poder fáctico que hegemoniza ese espacio, y es independiente de la voluntad de los subordinados. Aparece además una «otredad» amorfa, que alguna vez se le llamó «masa» y que luego el lenguaje periodístico llamará «la gente». Esta concepción de armado de poder presenta a los medios de comunicación⁵ y los mensajes que por ellos se envían, como la forma «natural» de relación de la «gente» con la realidad, pero oculta el verdadero poder fáctico y en ese sentido es perversa..

Ello enfrenta la posibilidad, no siempre utilizada pero sí presente, de la manipulación, o sea, la construcción de una realidad ficcional que por medio de los medios audiovisuales se presenta como un reflejo real. Lo cual supone una opinión pública que se encuentra atomizada y que establece una relación individual –casi privada- con los medios en cuestión; de lo que se la ha privado, en este caso, es de una orgánica dada por las instituciones políticas y sociales que permiten socializar la visión que se posea de la realidad.

⁵ Históricamente, los medios de comunicación expresaban los conflictos políticos desde una exterioridad a los mismos, más allá que acompañaran un proceso o se opusieran. Hoy se han transformado en factores de poder que ya son sujetos activos en los conflictos.

Por su parte, en los movimientos populares que aparecen en nuestra realidad sudamericana surge una suerte de dicotomía que podríamos sintetizarla entre la formación de los cuadros políticos (militantes) o la acción de los medios de comunicación para ganar votos. Claro está que nada es a blanco o negro, sino que se trata de encontrar el lugar donde hace el mayor esfuerzo que garantice lograr el objetivo final. Estamos refiriéndonos a una cuestión vinculada al futuro mismo de la democracia.

En un caso se trata de la formación en la especificidad de la política como acción, a los agentes organizadores que serán los encargados de ir armando, con un discurso dialógico, una trama desde la capilaridad territorial de la sociedad, a partir de relaciones interpersonales que van conformando ese poder que se manifestará públicamente como proyecto integrador⁶. Allí, el poseedor del poder es la propia organización.

Por otra parte, quienes desprecian la formación de cuadros políticos como preparación de futuros funcionarios de Gobierno, sosteniendo que la política desde el estado es mera gestión administrativa cubierta por tecnócratas, buscarán llevar adelante la acción negociadora para con los factores de poder, que abran la posibilidad de acceder a los medios de comunicación, en la convicción que el discurso unidireccional, repetido una y otra vez, permita generar consenso y expectativas en el abandono de la política –que generaría corrupción- para ser reemplazada por la profesionalidad y eficiencia técnica. En este caso, el poder está en un sujeto que no es explícito ni público, es un poder fáctico que se genera desde el ocultamiento pero invocando significantes vacíos que aluden a un mundo simbólico enlazado a las tradiciones populares, como sostenía Laclau.

Al analizar las relaciones personales que se establecen, encontramos que en el primer caso la autoridad es explícita y resultante de una construcción que surge del reconocimiento hacia quien conduce. Es interesante resaltar que la palabra «autoridad» es de origen latino y está ausente en la lengua griega. Etimológicamente, «*auctoritas*» significa reconocimiento, respeto y aceptación, que deriva del sustantivo *auctor*, creador, autor, instigador, a su vez derivado del verbo *augere* que significa aumentar, hacer progresar, por lo tanto, encarna a la persona que posee la posibilidad de conducir a otras en su crecimiento. La autoridad no se pide ni se traspasa, sino que es concedida por un hombre a otro. Es concedida por aquel que reconoce en el otro un saber o conocimiento superior al que él posee en la materia o tema determinado de que se trate. Visto desde esta visión de la política, la disciplina que ordena un espacio lo hace a partir del reconocimiento de una autoridad y se establece una relación conductor-conducido, planteándose aquello que en el lenguaje de la cultura política argentina se denomina lealtad entre ambos.

Otros de los elementos diferenciadores entre estas formas de concebir el poder, es el valor que se le otorga a la palabra. Al respecto Ernesto Laclau –al igual que Arendt- parte de la palabra como creadora del espacio político y siguiendo la teoría saussuriana del lenguaje, reconoce en éste un elemento indiferenciado en donde para comprender cada palabra hay que poder establecer las relaciones diferenciales con las demás, por ejemplo, para entender lo que significa el término padre se necesita entender el término madre, hijo, etc., en donde la totalidad del lenguaje está involucrado en cada acto

⁶ Ulrich Beck y Anthony Giddens, al igual que muchos años antes afirmaba Zbigniew Brzezinski, sostienen que el modelo de la política estructurada alrededor de identidades colectivas se ha tornado obsoleto, cuestión ésta que la realidad se encargó de mostrar como errado.

singular de significación, por lo que es necesario definir los límites de ésta totalidad significante.

Laclau sostendrá entonces –recordando a Hegel- que la única forma de definir los límites de algo es ver lo que está más allá de esos límites, aquello que en la lógica clásica se llamaba «contradictorio» y dentro de las Ciencias Políticas, Carl Schmitt lo llama «enemigo» (οστισ, aquel con quien se plantea la relación «él o yo»), o sea se plantea al «otro» como exclusión.

Esto tiene una serie de implicaciones a distintos niveles, incluido el ontológico. Si este modelo es aceptado como un modelo que preside la articulación de las relaciones sociales como tales, encontraremos que al intentar construir una identidad no podremos partir de afirmaciones certeras sino que habrá que moverse en el ámbito de las equivalencias y las diferencias, por lo cual el modelo fundamental de estructuración de lo social es un modelo de carácter retórico. Porque lo que significa la retórica es precisamente que no hay una significación literal –y en lo ontológico desaparecen las certezas⁷- sino que hay un desplazamiento de la cadena significante por la cual un término asume la representación de algo que constantemente lo excede. Lo que esto significa es que la relación política no es dialéctica sino antagónica, la cual es una relación en la que se muestran los límites de toda objetividad. En segundo lugar, la relación entre lo particular y lo universal es una relación hegemónica que implica que ese universal invocado es un lugar vacío.

Esta visión explica la construcción política que desde las Ciencias Sociales se denomina «populismo», ya no en sus formas históricas que tomaran desde el funcionalismo estadounidense o el marxismo soviético, sino dentro de los esquemas como desde los centros de poder ven y describen a los movimientos populares. Así, el populismo será un movimiento político *vago e indeterminado en el público al que se dirige y en su discurso, como en sus postulados políticos*, porque éste es *mera retórica*. La posibilidad de constitución de ese movimiento se da en un horizonte precario, donde su coagulación depende de la demonización de un sector de la población, por lo que su identidad como movimiento político es construida dentro de esta tensión y por lo tanto, si esta tensión se desarticula, la totalidad se desmorona pues no es más que ello.

Lo que este análisis parece obviar es que la polisemia y la fijación de sentido a los significantes no es producto del análisis sino del poder. Tal como afirma Lewis Carroll en *Alicia a través del espejo*, una palabra significa aquello que dice quien tiene el poder de sustentarla.

Reflexiones finales

En primer término queremos explicitar que entendemos por «poder»: la iniciativa de la acción. El poder es la capacidad de poner en movimiento la realidad, cosa que la idea no puede hacer de por sí, al menos que un hombre o un colectivo la transforme en acción.

⁷ La liquidación del último orden político del mundo –la convivencia imperialista- es acompañado por una visión ideológica neoliberal y una filosófica post-moderna que plantean la «muerte del sujeto» y la aparición de un «ser débil». Con la aparición en el siglo XXI de nuevas identidades políticas fuertes, las cuales las encontramos en América Latina –particularmente en Sudamérica- India, China y la misma Rusia se inicia un resquebrajamiento de este paradigma, abriéndose la posibilidad de partir de un nuevo lugar en donde la unidad es posible ser construida desde la diversidad.

Creemos que un espacio político se manifiesta, como decía Arendt –y antes que ella Aristóteles- por la palabra que convoca a la acción, cuyo significante es parte de un universo para nada homogéneo, plano y donde prime la lógica discursiva sino con diferencias que obedecen no a una cuestión argumental sino a una lógica de poder. Aristóteles sostenía que todo género tenía un límite y que el ámbito más abarcativo de lo humano era el político. O sea, hasta allí se podía llegar en búsqueda de significados y significantes.

A diferencia de Laclau, creemos que si para entender lo que significa un término debemos traspasar el límite de su universo, corremos el riesgo de caer en el absurdo del infinito, por lo tanto el sentido lo encontraremos en una totalidad cerrada que incluye lo contradictorio, pero que no tiene forma de concebir racionalmente lo que está fuera del límite. Tomando como ejemplo la *teoría del big bang*, podríamos decir que no hay palabra para definir el minuto anterior a la explosión. Nuestro pensamiento propio de un mundo culturalmente cristiano hace que concibamos la necesidad de un punto inicial como *creatio ex nihilo*.

La gran diferencia entre los partidos políticos liberales y los movimientos nacionales está, precisamente, en aquello que señala Laclau al sostener que en el origen hay una parcialidad que desconoce su condición de parte para asumir la representación de la totalidad, pero como muy bien señala Tulio Halperín Donghi, el peronismo no surge el 17 de octubre como un reclamo social de un sector postergado ni lo hace como irrupción violenta sino en la elección de un conductor. Allí hay un proceso previo en el cual existían demandas parciales, pero al asumir una función hegemónica de carácter más general, tomó la forma del reconocimiento del liderazgo de Perón. Nada de significativo vacío, hubo un sujeto, una palabra convocante y la creación de un espacio político.

Esos trabajadores, que no expresaban una clase social ni en sentido liberal ni marxista, comenzaron a aparecer como «el pueblo», unidos por un sentimiento de solidaridad que cristaliza en una identidad discursiva expresada por su conducción. Lo que es necesario entender es que pueblo y los habitantes no son lo mismo, por lo tanto no es la *plebs* que se presenta a sí misma como *populus*. No hay nada automático en la emergencia del pueblo ni nada cuantificable como un censo de habitantes, es el resultado de una construcción compleja, que puede, entre las posibilidades reales, fracasar en su objetivo⁸.

La existencia de un sujeto como realidad efectiva se manifiesta, se representa a sí mismo y es reconocido por los otros como alguien que emite un discurso al que no solo considera verdadero sino que nombra efectivamente lo que en éste aparece como una realidad a construir, o sea, las expectativas y esperanzas de un sujeto colectivo. Pero no es un nombrar descriptivo sino que busca persuadir para actuar⁹, por lo que el nombre

⁸ En los preámbulos de las Constitución provinciales de La Pampa y Chaco de 1952 se expresaba claramente la acotación que otorgaba al concepto «pueblo» entidad concreta, denominándolo «pueblo trabajador».

⁹ Para Esquilo, la «persuasión» era una divinidad que *jamás sufrió rechazo*. Estaba asociada a Afrodita, la diosa de «los pensamientos sutiles», y disponía de «sortilegios de palabras de miel». Esta diosa (Peithó) corresponde al poder de la palabra sobre los otros. Los griegos también distinguían una «persuasión benéfica» contrapuesta a la «persuasión maléfica» que mediante el engaño enredaba en palabras ambiguas, lisonjeras y astutas. Hermes, dios de la comunicación y el comercio, hará uso de ésta última.

apunta hacia el objetivo de la acción. Por ejemplo, eso significó denominar a ese movimiento naciente en 1945, en Argentina, como «justicialista», se buscaba instaurar la «justicia social»..

El poder no surge en una relación necesaria de causa efecto, es algo que se dispone a partir de una persona que actúa y posee el conocimiento y la sensibilidad para nombrar el fin anhelado por el colectivo al que pertenece. De esta manera se va construyendo un poder que no es imposición o dominación, sino que obedece a una lógica propia de los modos de constitución del sujeto a través de las prácticas de sí. Cuando nos referimos a la construcción de poder, nos referimos a la organización de energías reales, capaces de producir modificaciones en la realidad, con una conciencia y voluntad colectiva que propone fines concretos. Precisamente, es ese teleologismo que dota de sentido al poder. Como en todo ámbito donde lo que está en juego es el poder, se genera conflicto y es clave entender en que términos lo concebimos.

La visión clásica de Carl Schmitt lo explicará a partir de la relación «amigo-enemigo» y Laclau nos hablará de la relación «equivalencia-diferencia»; por otra parte, se planteará la necesidad de evitar el conflicto mediante el consenso, cosa que desde John Locke en adelante siempre ha sostenido el liberalismo como la forma de consolidar el *statu quo*. Como pensamos que la esencia de la democracia plural es la convivencia con el disenso, no podemos excluir la confrontación adversarial, la cual debe realizarse en términos institucionales (partidos políticos, poder legislativo etc.) pero no en términos destituyentes como aparece llevado adelante por los factores de poder.

Desde el neoliberalismo y opuestamente a estas afirmaciones anteriores, se propone la anti-política estructurada alrededor de la expansión del individualismo y concibiendo la construcción del poder como el resultado de una alquimia de marketing. Esto es en buen porteño lo que Ulrich Beck denomina la «reinención de la política». Así vemos como se «construye» un candidato a partir de una «popularidad» previa obtenida en cualquier campo –como el artístico o el deportivo- y que no expresa necesariamente una comprensión política ni una sensibilidad social.

Cada vez es más común encontrar un progresivo anonimato del poder, parafraseando a Heráclito podemos afirmar que *el poder ama esconderse* dando la sensación de disolución, pero en realidad, el carácter esencial del poder –energía de la que un sujeto es responsable- no resulta así suprimido sino pervertido. El elemento perverso es aquel que permite difundir la idea de que en el fondo no es un alguien –individual o colectivo- que obra, sino una indeterminación que no se puede asir... es la realidad, la gente, el sistema.

En esta construcción es fundamental el ámbito de los medios de comunicación, que son la herramienta tecnológica por medio de la cual se presenta al candidato «popular» sosteniendo un discurso que ha sido construido por el aparato marketinero. Esos medios de comunicación, que ya no son una herramienta de la política –como *La Nación* lo fue para Bartolomé Mitre- sino que han pasado a ser factores de poder que usan la política presentando un relato de la realidad pasada y presente acorde con el candidato que le es funcional a sus intereses corporativos.

Es precisamente la persuasión benéfica que equilibra la relación entre lo simbólico de la palabra y lo concreto de la acción.

A esta visión no se le enfrenta ni con los «principios» ni con la «doctrinas», preferimos pensar con Demóstenes, quien le decía a los atenienses que hay que hablar con franqueza, sin disimular ni ocultar, y si hace falta gritar *el rey está desnudo*. Eso establece una relación de compromiso con la verdad entre la persona quien habla y aquella a quien va dirigido el discurso; es más, pone en juego el conjunto de la existencia y por eso requiere de coraje, como bien lo describe Aristóteles.

Finalmente, cabe preguntarse por una forma que reconozcamos como legítima en la construcción de poder. En primer lugar concebimos a la política como una construcción colectiva que otorga sentido al conjunto de la vida; pero la experiencia en la que nos podemos referenciar en los últimos 80 años de historia argentina, es el peronismo, el cual ha transitado dos caminos de construcción de poder: la acción desde el Gobierno o la resistencia desde el llano.

La construcción desde el Gobierno no se trata de la mera ejecución, de la «gestión» a secas, sino de ver, juzgar, comprender, conducir y ordenar los hechos con vistas a la totalidad y al fin perseguido, por eso la acción gubernamental se la acompaña con el discurso que otorga sentido a la misma y que a la vez convoca al sostenimiento de esa acción. El resultado final es una transformación de la realidad en donde, si la acción gubernamental ha coincidido con las expectativas y esperanzas populares se logra un mayor grado de organización de poder. Saber gobernar significa, pues, tener la iniciativa para producir los hechos y cuando no es así, ser capaz de reordenarlo hacia los fines perseguidos.

El peronismo siempre ha buscado organizar crecientes sectores de la sociedad en apoyo a su gestión y su proyecto, generando en la base misma de su poder, en el espacio territorial, una relación persona a persona sobre las que se construyen los liderazgos sociales y las lealtades políticas. Para algunos esto aparece como política *clientelar*, pero no son otra cosa que esas redes capilar que viera Foucault y que van armando la trama solidaria de contención social y las relaciones interpersonales sobre las que se asienta el poder territorial. Un Gobierno con discurso propio y una estructura territorial constituyen el límite a los factores de poder que buscan hegemonizar el proceso político.